

Crónica de una resurrección

Aquí hay gente de mucho empuje, de mucho arranque.

Marilú Chacón

Un viejo *slogan* de un concejo municipal caraqueño en los primeros años ochenta rezaba: *falta mucho por hacer, pero estamos trabajando.*

Santa Cruz de Mora se encuentra en un valle lleno de quebradas y atravesado por un río llamado Mocotíes que parece no romper un plato visto un día cualquiera por la mañana. Pero el 11 de febrero de 2005 no fue un día cualquiera y era de noche cuando estalló el torrente. Fue entonces cuando el río sacó una endiablada fuerza invasiva que lo convirtió en catarata y hecatombe. Ojalá en el futuro las nubes no vuelvan a cargarlo desde sus posaderas, allá cerca del Táchira, con ese caudal de agua. El pueblo se convirtió en parte de ese río; un lodazal de desespero sin arterias de conexión con el resto del mundo.

Pero en caso de que se desaten, por desventura, de nuevo aquellas fuerzas enviadas por algún dios del averno, con ganas de tumbar todo lo que encuentren al paso, otra vez el pueblo le plantará cara al desastre, esta vez con mejores herramientas a su disposición y diques de contención que la ingeniería ha puesto a favor de la vida.

Y si hace falta reconstruir el pueblo entero, lo harán de nuevo sus habitantes pues, como dice su actual alcalde, allá fueron unos señores muy sabios aconsejando que mejor se mudaba todo el mundo, pero la gente reaccionó más bien aferrándose al terruño, queriendo más que nunca esas laderas verdes y esos puentes o pasadizos y esas calles enrevesadas donde mora gente de bien.

Este es un caso que involucra a la Alcaldía y también a los organismos regionales, nacionales e internacionales que coadyuvaron a limpiar, reconstruir y reactivar Santa Cruz de Mora. Pero, sobre todas las cosas, este es un caso de la Venezuela Competitiva que involucra al propio pueblo.

Es un terreno peligroso por sus características topográficas, por lo telúrico de sus capas geológicas y porque es zona de deyección. Eso es Santa Cruz de Mora, capital del municipio Antonio Pinto Salinas, situada a 65 kilómetros de Mérida; otras localidades de la zona son Mesa de Bolívar y Mesa de Las Palmas. Zona, pues, temblorosa y proclive a mojarse demasiado. En abril de 2009 se produjeron, por poner un caso, 143 sismos.

La población en general no tenía conciencia de su peligrosidad hasta aquel día de febrero de 2005; sabía, sí, de las crecidas de los ríos y las quebradas, pero en los casos memorables de inundaciones nunca se había producido afectación como la de 2005.

Hubo ciento doce víctimas, pero sólo doce habitaban propiamente en Santa Cruz de Mora. «El pueblo hizo una demostración, en el momento de la vaguada, de arranque, de empuje, de su intención de seguir viviendo en el pueblo y consiente de que lo hacía en zona de riesgo», dice Marilú Chacón, coordinadora del plan para el desarrollo del municipio financiado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) con la asesoría del IERU o Instituto de Estudios Regionales y Urbanos de la Universidad Simón Bolívar.

Chacón fue el primer motor de la dirección de Catastro y Ambiente en la Alcaldía, desde 2000 hasta que por el convenio internacional debió desligarse de la administración pública a partir de 2006. Ella tiene un recuerdo vívido de los acontecimientos de 2005. «Para la afectación que hubo, la recuperación fue inmediata. La gran ventaja fue que Cadafe reactivó inmediatamente el servicio de electricidad», recuerda esta geógrafa, de la Universidad de Los Andes. «Cayeron varias torres de alta tensión. La gente no esperaba a que vinieran a limpiarle las casas. Los vecinos descargaban en la calle lodo y escombros, venían las máquinas y los camiones volteo y se los llevaban. A los doce días ya Santa Cruz estaba limpio, las casas pintadas...».

La ayuda de los gobiernos regional y nacional y de organismos como la Cruz Roja –que realizó, según testimonios, un trabajo extraordinario sobre todo en el extrarradio rural–, Cáritas o la Unión Europea, no se hizo esperar. La catástrofe atrajo la atención internacional y el canal CNN inmediatamente envió cámaras. Lo cierto de todo esto es que el propio pueblo vio en la tragedia una oportunidad.